

primer desfiladero, pero al llegar al segundo encuentran cerrada la salida por un baluarte de troncos de árboles y de trozos de roca; levantan la vista y hallan las alturas cubiertas de enemigos, quieren volver sobre sus pasos, pero una barrera semejante á la primera viene á cerrar la salida del desfiladero. Por una parte vemos á los fieros romanos desconcertados, yendo viniendo, interrogándose y sin saber á qué resolverse; por otra, vimos á los Samnitas que los agobian con burlas, y que hacen resonar aquellos lugares salvajes con sus cantos de triunfo. Por fin, el momento fatal llega; dos lanzas fijas en la tierra, apoyan una tercera y forman el yugo de vergüenza; y hé aquí á los cónsules despojados de sus armas y de las insignias de su dignidad que avanzan en primer lugar y pasan bajo el yugo; luego las legiones, que no llevan más vestido que una simple túnica, sufren á la vez la ignominiosa ceremonia. Los Samnitas, que han bajado de sus alturas, forman una doble hilera entre la cual pasan los vencidos bajo el fuego de sangrientas burlas. No todas son flores para alcanzar el poder y los honores; aviso á los ambiciosos.

Saludando á la derecha á *Avellino*, tierra clásica de la excelente avellana, que le da su nombre, y patria de San Andrés, la gloria de los Teatinos, dejamos á la izquierda á Benevento, ciudad de trece mil almas, no ménos célebre por su puerta *Aurea*, edificada toda con mármol de Paños, y por sus puentes de piedra contruidos en el *Calore*, que por sus numerosos recuerdos. A una y media milla de Avellino, se percibe el *Monte-Vergine* (monte Virgen,) sobre el cual se levanta uno de los santuarios más frecuentados de la Italia. En fin, descubrimos, situada entre dos cadenas de montañas, la pequeña aldea de *Mugnano*. La iglesia distante del camino algunos centenares de pasos, se di-

bua graciosamente al extremo de una avenida plantada de tiernos árboles; una suave rampa conduce hasta el pórtico del edificio. A la izquierda de la nave está la capilla de la ilustre mártir. Las riquezas que la embellecen, los numerosos *ex-voto* que cubren las paredes, atestiguan eloquentemente el poder de la Santa y la piedad de los fieles. Alrededor de la piedra sepulcral, traída de las catacumbas con el cuerpo de la jóven heroína, se ven *ex-voto* enviados de la China con inscripciones honoríficas que atestiguan el reconocimiento de los reyes y de las reinas de Nápoles y de otros países. La inscripción de la Santa se presenta en aquella piedra grabada en forma de banderola:

LVMENA IN PACE FI,

y debe leerse;

FILVMENA IN PACE.

El guardian del sepulcro es un sacerdote venerable que nos recibió como hermanos; siguiéndole entramos á la capilla de la Santa. Apénas nos habíamos prosternado al pié del altar, cuando se hizo oír el órgano, acompañado del retintín armonioso de las campanillas atadas en los cordones de la cortina que cubre la caja. Esta señal anunciaba á los numerosos peregrinos arrodillados en la iglesia que se iban á exponer las reliquias. En efecto, corrióse el velo y la glorioso Mártir apareció á todas las miradas, descansando en un lecho de terciopelo, enriquecido con pedrería. En su cabeza rodeada con la aureola, brilla una corona de perlas; sus brazos están adornados con brazaletes de oro, y en su mano tiene la palma del martirio; á su vista todo el mundo se prosternó y el *Credo* y la doxología (himno) al Dios de los mártires, fueron repetidos tres veces en coro. El venerable guardian, revestido con el roquete y la estola, abrió entónces el tabernáculo de donde sacó la jarra de la

sangre; la dió á besar á cada fiel, pronunciando esta sencilla fórmula que encierra todos los votos: *Per intercessionem beatæ Filumenæ virginis et martyris liberet te Deus ab omni malo Amen.* "Por intercesion de Santa Filomena vírgen y mártir librete el Señor Dios de todo mal. Así sea."

Cuando acabamos nuestras oraciones quisimos tomar alguna cosa de comer. Nos indicaron el hotel cuyo título voy á dar á conocer á los que vengan despues de nosotros: "Locanda e Trattoria de' divoti di S. Filomena, di Domenico Stincone." Debo ademas prevenir á vuestros sucesores, que el Sr. Domingo Stincone suele hacer algunas veces una triste comida á sus huéspedes. Un huevo fresco y algunas hojas del inevitable broccoli, hé aquí lo único que nos fué posible conseguir. Pronto tomamos nuestro partido pensando en que una poca de penitencia no perjudica á la oración.

Estaba decidido que haríamos punta en Capitanata. ¿Por qué alejarnos así del objeto primitivo de nuestro viaje? ¿Qué nos llamaba á un país raras veces recorrido por los extranjeros? Nuestros nuevos bachilleres no habian olvidado que allí está el campo de batalla de Cannes, y quisimos visitararlo. Las siete sonaban cuando llegamos á Cerignola, poblacion mediana conocida por su comercio de almendras, en donde pasamos la noche. Uno de nuestros jóvenes amigos, en otro tiempo jefe de los Cartagineses en su colegio, le pareció aquella noche muy larga; tan grande así era el deseo de ver con sus propios ojos el nuevo teatro de la humillacion romana.

27 DE FEBRERO.

Campo de batalla de Cannes.—Marcha de Aníbal.—Nola.—San Paulino.—Augusto.—Las Campanas.—Vuelta á Nápoles.

Muy de mañana todo el mundo estuvo en pié, y poco despues el coche se detenía en el famoso campo de batalla. Está situado cerca de dos leguas mas acá de Barletta, la antigua *Barulum*, cuya fuerte ciudadela domina los bordes del adriático. Dos colinas que corren paralelamente una á otra, dejando entre ellas un ancho valle, forman el circo inmenso de donde Roma y Cartago se disputaron el imperio del mundo. Nosotros, que habíamos ido á ser testigos de esa gran lucha, nos sentamos en una de las colinas; cerca de nosotros corria una fuente abundante en donde veíamos sucesivamente ir á tomar agua á los caballos de Emilio y á los elefantes de Aníbal. Las trompetas han sonado. Los ejércitos se mueven; un largo chischar de lanzas que chocan unas contra otras yela el alma de terror y conmueve con sus ecos á los alrededores. El desórden domina bien pronto en las filas del ejército romano, el encarnizamiento se redobla de una y otra parte; por la cuarta vez Aníbal es vencedor. Ochenta mil romanos son cortados en pedazos y la mayor parte dejan sus cadáveres en aquel valle que despues de veinte siglos conserva todavía aquel nombre de Campos de Sangre. *Campo di sangue.*

En el teatro de aquel nuevo triunfo se admira vivamente el génio de Aníbal, pero no se sabe cómo explicar su marcha militar por Italia. Habia batido á los Romanos en las orillas del Trébia y del lago Frasimeno. Despues de aquella última victoria le habia sido abierto el camino de Roma, él no estaba más que á veinte leguas de aquella capital. ¿Por qué en lugar

de dirigirse á ella rápidamente se alejó sesenta leguas para ganar las costas del Adriático? ¿Sería que una mano invisible, la mano de aquel que reservaba á Roma el imperio del mundo, extraviase misteriosamente al vencedor? ¿Se acercaba Aníbal al mar á fin de recibir más fácilmente de Cartago los socorros que necesitaba después de tantos combates y fatigas? ¿Quería destruir á los Romanos poco á poco y no dejar ningun ejército á retaguardia para no ser tomado entre dos fuegos, cuando pusiera sitio á Roma? La cuestión permaneció para nosotros indecisa, á pesar de una *muy sabia* discusión que tuvo el mal de durar hasta Nola y de hacernos olvidar que saludáramos de lejos á Venosa, patria de Horacio:

Nam venusimus arat finem sub utrumque colonus.

Nola es una de las ciudades más antiguas de la Campaña; debe su origen á los Etruscos y cuenta hoy nueve mil almas. Grandes recuerdos se relacionan con esta humilde ciudad, demasiado despreciada por los viajeros. Los sepulcros que cubrían las llanuras inmediatas han suministrado la mayor parte de las jarras etruscas que se admiran en el museo de Nápoles. Nola defendida por Marcelo tuvo dos veces la gloria de resistir al vencedor de Cannes; pero héroes de otro género la hicieron caer bajo el imperio de la Cruz. San Pedro, que fué el primero, plantó allí el consolador estandarte que su mano victoriosa iba á enarbolar en la cima del Capitolio 1. Des-

1 Remundini *Hist. eccles. Nola*, Struvio, p. 1046. etc.—Como se trata muchas veces en esta obra del origen apostólico de las iglesias de Italia, creo deber citar aquí el testimonio de S. Leon: "Manifestum est, inquit, in omnem Italiam nullum instituisse Ecclesias, nisi eos quos venerabilis apostolus Petrus aut ejus successores constituerint sacerdotis." Epist. XXV, ad Decentium Engubium, n. II.—El sabio Mamachi añade que esta Iglesia se remonta evidentemente á los tiempos apostólicos: "Distulisse autem eos ad tertium quartumve seculum, ut, in Italia, religioni latissime propagandae operam darent quum

pues de él legiones intrépidas defendieron la bandera cristiana atacada en Nola como en el resto del mundo. En los siglos tercero y cuarto, Máximo, Félix, Acacio, Aurelia y otros mil sostuvieron allí los terribles combates que han asegurado el triunfo del cristianismo. En este campo, tan bien regado, vimos llegar en el cuarto siglo á un ilustre labrador, cuyo nombre recuerda todas las glorias. El hijo de los senadores, el cónsul, el prefecto de Roma, el rico, cuyos dominios se llamaban reinos: *regna Paulini*, el amigo de San Ambrosio, de San Agustín, el igual á estos grandes hombres por el génio, la elocuencia y la virtud; San Paulino, obispo de Nola, era nuestro compatriota. ¡Qué noble recuerdo para los viajeros franceses!

Estábamos en los lugares llenos aún con el delicioso perfume de su imperecedera memoria. Sabiendo que éramos franceses, los canónigos reunidos en la sacristía se apresuraron á hablarnos de aquel grande hombre, y á hacer el elogio de una tierra fecunda en semejantes frutos. "Nuestros Padres, decían ellos, le vieron llegar al sepulcro de San Félix con sus dos compañeras queridas, la humildad y la pobreza. Toda su ambición se limitaba á ser el portero de la iglesia del Santo; la barria por la mañana, la cerraba en la tarde y la guardaba durante la noche. Cada año componía un poema que ofrecía á guisa de presente al Santo mártir el día de su fiesta. 1 Cuán-

in remotissimis regionibus adeo propagata secundo seculo esset in quo Christus minime coleretur, numquam credam."—*Orig. et. Antig. christ.*, t. II, lib. 2, p. 245, nota.

1 Tenemos quince de esos poemas dignos de los más bellos siglos de la antigüedad literaria; son tesoros para el apologista y para el cristiano. San Paulino ha puesto en dos versos el dogma de la presencia real:

In cruce fixa caro est, qua pascor;
De cruce sanguis

Ille fuit vitam quo bibo, corda lavo.

En otra parte habla de la pintura moral de

tas lágrimas vertió, cuando después de quince años, pasados en el ejercicio de la más humilde función eclesiástica, fué necesario subir, llegando á obispo, al primer rango de la gerarquía; pero la humildad y la pobreza subieron con él.

La víspera de su muerte estaba tendido en su pobre lecho, y el sacerdote Postumiano fué á decirle: "Padre, se deben cuarenta piezas de dinero para vestidos de los pobres." "Tranquilizaos, le respondió el Santo sonriendo; mi banquero pagará." Apénas habia acabado de hablar, cuando llegó un sacerdote de Lucania trayendo cincuenta piezas de dinero de parte de un obispo y de un piadoso cristiano. "Postumiano, dijo el Santo anciano, dad gracias conmigo á Nuestro Señor; dad dos de esas piezas de dinero al mensajero, y con las otras pagad lo que se debe á los comerciantes que han vestido á los pobres." Cuando llegó la noche durmió un poco: luego despertó á los sacerdotes para rezar maitines, según su costumbre, y permaneció en silencio hasta la hora de vísperas. Estando encendidas las lámparas, extendió dulcemente las manos, diciendo en voz baja: "He preparado una lámpara á mi Cristo: *Para vi lucernam Christo meo*;" y durmió el sueño de los bienaventurados; esto era el año del Señor 431. "Si es permitido á los hijos que amen á la mejor de las madres, añadió el dean del cabildo, nosotros amáramos á Roma que ha hecho trasladar cerca de los apóstoles el cuerpo de Nuestro Padre. Cuando volvais á aquella ciudad os suplico que le hagais una visita en nuestro nombre; le hallareis en la iglesia de San Bartolomé-de-la-Isla."

Algunos de aquellos venerables cofrades quisieron llevarnos á la Crypta donde descansan las reliquias de San Félix. El cuerpo del glorioso mártir, como el del

las iglesias, de la cual hace un magnífico elogio llamándola el gran libro de los ignorantes, etc.

profeta, reverenciado por el mundo entero, sigue obrando prodigios; de sus huesos secos se desprende un aceite milagroso que cura á los enfermos.

Al salir de la iglesia, visitamos algunas ruinas paganas, tal vez del palacio en que murió Augusto; pero no puede afirmarse, porque están harto informes. ¿Por qué secreto consejo ha querido la Providencia que los mismos lugares viesan espirar al héroe del paganismo, al soberbio señor del mundo, y al héroe del Evangelio, del opulento vástago de los más ilustres romanos, convertido voluntariamente en humilde y pobre por el amor de Dios y de sus hermanos? ¿Por qué nos ha conservado los pormenores precisos de esta doble muerte? ¿No sería con el fin de que la posteridad se instruyese contemplando en el mismo teatro víctimas de la muerte, á dos hombres que pueden llamarse la personificación de su fe religiosa y del mundo á quien representan? Habíamos asistido á los últimos momentos de San Paulino; y la dulce serenidad de su rostro, y la alegría de su alma, y la unción de sus palabras, y la ternura de sus adioses, y la deliciosa confianza en cuyos brazos duermo, nos hacían exclamar: ¡Ojalá y muramos así!

Al recorrer las ruinas paganas contemplábamos á Augusto moribundo: ¿qué votos pudo inspirarle su fin? Sujeto por Livia, que se la habia arrebatado á Druso Neron, su esposo, el viejo emperador deshereda á su nieto Agripa Póstumo y lega el trono del universo á Tiberio, hijo de Livia. La inquietud se apodera de él; busca una diversion en los placeres y en los viajes. Livia le persuade á que compaña hasta Benevento á Tiberio que parte para Iliria; el señor del mundo, convertido en esclavo de una mujer, obedece. Tiberio se embarca; Augusto quiere volver á Roma, pero violentos dolores en el estómago y en los intestinos no le permiten pasar á No

la. La historia dice que á fin de asegurar el imperio à Tiberio, Livia hubiera apresurado el fin del viejo emperador envenenando higos de un árbol á donde tenia costumbre de ir á comerlos. 1 Como quiera que sea, esta mujer tan ambiciosa como desordenada, alista prontamente un correo para mandar á Tiberio que se vuelva; luego dispone alrededor del palacio guardias que cierren exactamente todas las avenidas; ninguna noticia llega al enfermo sin permiso de Livia, y nada de lo que pasa en el palacio imperial se trasluce por fuera.

En la mañana del 19 de Agosto del año de Roma 766, sintiéndose morir el jefe del mundo pagano, pide un espejo, manda que se le peinen los cabellos y que se adornen algo sus mejillas caídas. Luego, mandando llamar algunos amigos cerca de su lecho: “¿No he jugado bien la farsa de la vida? ¡pues bien! aplaudid. 2 Después de semejante adios hace salir á todo el mundo y espira. Eran las tres de la tarde cuando Augusto daba aquel último espectáculo en el mismo cuarto en que habia muerto su padre Octavio; esto era el año 14 de Jesucristo. Gracias á Livia, que tranquilizaba al pueblo sobre la salud del príncipe, se tomaron tan bien las medidas exigidas por las circunstancias, que en un mismo momento se dió la noticia de la muerte de Augusto y del advenimiento de Tiberio. 3

La vida humana no es más que una farsa y el hombre un comediante; ¡hé aquí, pues, el dogma supremo que Augusto lega al universo! En estas palabras, ¡qué materialismo tan abyecto! ¡cómo se aleja uno con horror del moribundo que las pronuncia! ¡Cuánto se bendice al Dios redentor que ha venido á rehabilitar al hombre tan

1 Dion., LVI, p. 675.

2 Amicos admissos equid iis videretur minimum vitæ commode transegisse, percumetatus adjecit et clausulam, etc.—Suet., Aug., 99.

3 Tacit., Annat., I, 5.

profundamente decaído, y á enseñarle que la vida del tiempo es el aprendizaje decisivo de la vida de la eternidad!

Habíamos dejado à Nola sin pensar en las campanas; pero este olvido fué muy pronto reparado. Apénas estábamos en el campo, cuando sonaba el *Ave María* en la catedral. “Extranjeros que llevais de estos lugares tantos recuerdos, parecian decirnos aquellas campanas: no, olvidéis que somos de origen campaniano; Nola nos vió nacer, Roma nos conservó, el mundo cristiano que nos adoptó nos ama y nos bendice. Viajeros que pasais, bendecidnos vosotros tambien. Nuestra voz debe seros querida; desde la cuna hasta el sepulcro, ella se asocia á las alegrías del hombre, y les anima y dulcifica sus dolores; porque ella canta la inmortal esperanza, fundada en los consoladores misterios que solo repite en este momento.” Todos á la vez saludamos con las campanas al Arcangel mensajero de la Encarnacion, à María y al Verbo hecho carne.

La historia y la poesía de las campanas nos ocupaban todavía, cuando una voz ronca se hizo oír á la portezuela del coche: *Y pasaporti.* Los pasaportes? No los teníamos, y el alguacil que velaba en el límite de Nápoles quiso arrestar á nuestras Excelencias y llevarlas al cuerpo de guardia; luego moderándose exigia algunos carlinos por dejarnos pasar. Nos mantuvimos firmes y acabó por retirarse llamándonos *Francesacci* (malos Franceses); tal fué la única desgracia de aquella larga y bella jornada.

28 DE FEBRERO.

Preámbulo.—Anécdota sobre San Alfonso de Ligorio.—Nocera.—Hermano Felipe.—Celda de San Alfonso de Ligorio.—Pormenores sobre su muerte.—Su retrato.—La Cava.—La Biblioteca.—Vuelta á Nápoles.—Predicadores en las calles.

Todo el mundo sabe que en el siglo pasado una liga formidable de escritores licenciosos é impíos amenazaba á la religion, á la sociedad, á las creencias y á las costumbres; la espantosa catástrofe que quebrantó al mundo fué el resultado de aquella conspiracion infernal. Dios cuidó de oponer á este torrente devastador poderosar barreras. Hombres de génio, santos, fueron suscitados para detener las olas del error, y protegiendo el depósito de las santas doctrinas, conservar á las razas futuras el único medio de volver al orden. Paris puso el colmo á la licencia y á la impiedad; la Europa aplaudió; y todavía en nuestros dias, Ferney, morada surcada por el viejo cínico, 1 es el objeto de una peregrinacion obligada para un gran número de viajeros. Con los ojos abiertos, el oído atento, la boca entreabierta y el corazón conmovido, así entran al cuarto del filósofo anticristiano. Apénas osan tocar con la punta de los dedos las desgarradas cortinas de su lecho, ó el viejo baston que un jardinero centenario les da por haber pertenecido al señor de la casa. Advierten todos estos pormenores, se enorgullecen de haberlos recibido y se glorían de contarlos; su viaje de Ferney es una época memorable de su vida.

A pesar de todo ésto, ó más bien á causa de ésto, ciertos hombres se admirarán tal vez demasiado al ver al viajero cristiano buscar con empeño los lugares ha-

1 Voltaire

bitados por nuestros santos y nuestros grandes hombres, visitarlos con gusto y hablar con interes de las emociones que les hacen sentir; el mundo ha sido hecho así. “Si como tantos otros yo dijera á mis jóvenes amigos, recorreremos la Italia para ver allí cuadros, estatuas, ruinas paganas, lugares célebres, teatros de acciones, á veces poco honrosas, de los héroes de la antigüedad, se tendria esto por muy sencillito. Pasariamos por aficionados, por conocedores y no dejaria alguno de exclamar: ¡Qué viaje tan encantador han hecho! Pero como ponemos cada cosa en su lugar; como preferimos á los recuerdos paganos, que estamos léjos de despreciar, los recuerdos cristianos; como las catacumbas de Cemetino, por ejemplo, ese campo de batalla en donde nuestros padres vencieron gloriosamente al paganismo, nos inspira más interes que las Horcas Caudinas y el valle de Cannes, ya vereis por esto que costará trabajo que se nos perdone. No importa, seguiremos como hemos empezado. Salud á las ruinas paganas, pero con predileccion á los monumentos y santuarios cristianos: admiracion por las obras maestras del génio; pero ántes que todo, amor, admiracion hacia nuestros santos y nuestros mártires, á cuya sangre, á cuyos sudores y á cuyos trabajos nuestros críticos no son ménos deudores que nosotros de las luces, de las instituciones, de la superioridad social de que el mundo actual se muestra tan orgulloso.”

Yo hacia este pequeño preámbulo corriendo á las tres de la mañana por el camino de Portici. Me habia ocurrido por las circunstancias; íbamos á Nocera. Nocera es el lugar, eternamente querido para el cristiano, en donde vivió, escribió, sufrió y murió el San Francisco de Sales de la Italia, el gran sostenedor de la fe y de las costumbres, contra los errores del siglo último; ya he nombrado á San Alfonso